

# La contradictoria democracia capitalista

Göran Therborn

...Cualquier análisis marxista serio tiene que enfrentarse a las siguientes cuestiones: ¿Cómo puede ocurrir que en los principales y más avanzados países capitalistas una clase fuertemente minoritaria —la burguesía— gobierne por medio de formas democráticas? Las amargas experiencias del fascismo y el estalinismo, y el permanente legado de este último, han enseñado a los más firmes oponentes revolucionarios al capitalismo que la democracia burguesa no puede ser pasada por alto como si fuera una mera farsa. ¿No estará entonces la realidad contemporánea en contradicción con los análisis marxistas? La actual democracia capitalista no resulta menos paradójica desde un punto de vista burgués. En el siglo XIX y comienzos del XX, como muestran tanto la práctica política como los debates constitucionales, la opinión dominante en la burguesía era que la democracia y el capitalismo (o la propiedad privada) eran incompatibles. Incluso un liberal de mentalidad amplia como John Stuart Mill fue considerablemente opuesto a la democracia por esta misma razón. El abogaba por la introducción del voto plural para los empresarios, comerciantes y banqueros, así como para sus capataces, lugartenientes y parásitos profesionales, para evitar así la “legislación de clase” del proletariado. En los tiempos actuales, no obstante, al menos desde el comienzo de la guerra fría, los ideólogos burgueses han mantenido que sólo el capitalismo es compatible con la democracia. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es esto una racionalización *post hoc* de un accidente histórico?

Antes de seguir adelante, deberíamos dejar absolutamente en claro qué entendemos por “democracia”. El término se utiliza aquí para denotar una forma de Estado con las siguientes características. Tiene, 1, un gobierno representativo elegido por, 2, un electorado consistente en la totalidad de la población adulta, 3, cuyos votos valen lo mismo y, 4, que puede votar por cualquier opción sin ser intimidado por el aparato de Estado. Un Estado tal es una democracia *burguesa* en la medida en que el aparato de Estado tiene una composición de clase burguesa y el poder del Estado opera para mantener y promover las relaciones de producción capitalista y el carácter de clase del aparato de Estado.

Resulta notoriamente difícil delimitar con precisión la forma democrática de gobierno, pero la definición anterior parece adecuada para determinar las variables cruciales: representación popular y sufragio libre, igual y universal. Incluye, además, como requisitos previos y necesarios, las importantes libertades legales de palabra, reunión, organización y prensa. La definición es intencionadamente formal, dado que el problema aquí no es exponer “el lado malo” de la democracia burguesa, sino dilucidar cómo ha sur-

gido una forma democrática de gobierno en una sociedad en la que una pequeña minoría determina dónde, cómo y por cuánto ha de trabajar la mayoría de la población, así como dónde y cómo ha de vivir.

## Tendencias intrínsecas

...La democracia burguesa ha sido alcanzada por rutas tan diversas y tortuosas que cualquier intento de explicación sencilla a partir de las características básicas del capitalismo resultaría imposible, o en el mejor de los casos seriamente equívoca. No obstante, el hecho de que la democracia en el sentido definido más atrás no haya surgido en lugar alguno antes del capitalismo, el que algunos países capitalistas hayan experimentado un desarrollo puramente interno de la democracia y el que todos los Estados burgueses avanzados importantes sean hoy en día democracias, todo esto exige naturalmente alguna dilucidación de las tendencias intrínsecas del capitalismo. Estas pueden agruparse provisionalmente con arreglo a sus efectos sobre dos características centrales de la democracia burguesa: a) inclusión de las masas en *parte* del proceso político, y b) bajo condiciones de gobierno representativo y competencia electoral.

1. La democracia burguesa ha aparecido siempre tras luchas de masas de diversos grados de violencia y duración. La primera tendencia intrínseca, por tanto, se encontrará en las condiciones que favorecen la lucha popular. La emancipación legal de la mano de obra y la

Extractado de “Dominación del capital y aparición de la democracia”, en *En Teoría* núm. 1, Madrid, abril a junio de 1979; se han omitido las notas al pie.

El autor es sueco, profesor de sociología en la Universidad de Lund y, entre otros trabajos, ha publicado ensayos sobre la Escuela de Frankfurt y la obra de Jürgen Habermas, así como sus libros *Ciencia, clase y sociedad* y *¿Cómo domina la clase dominante?*, editados ambos por Siglo XXI en Madrid.

creación de un mercado libre de trabajo, la industrialización, la concentración de capital son todas tendencias intrínsecas que simultáneamente sientan las bases de un movimiento obrero con una fuerza y una estabilidad inalcanzables por las clases explotadas en los modos de producción precapitalistas. De acuerdo con el análisis de Marx de las contradicciones crecientes del capitalismo, la clase trabajadora se ve fortalecida, *ceteris paribus*, por el avance y el desarrollo del capitalismo. Esto explica las correlaciones sociológicas tradicionales de la democracia con la riqueza, la alfabetización y la urbanización, factores que influyen en la relación de fuerzas dentro de la lucha de clases. Y, como ya hemos visto, el movimiento obrero ha interpretado también un papel vital en la lucha por la democracia.

2. No obstante, también hemos subrayado que, en general, la clase trabajadora no ha obtenido la participación en el proceso político en el calor de la batalla. Por el contrario, ha sido más frecuente que la burguesía hiciera concesiones tras un tiempo de resistir con éxito a la reforma. Aparentemente, la participación de la clase trabajadora tiene que ser en algún sentido ventajosa para la burguesía. Aunque en Alemania y Austria en 1918 y 1945 (posiblemente también en Bélgica y Suecia en 1918), y en Italia en 1945, la alternativa a la democracia burguesa fuera un intento de revolución socialista, la defensa de hecho contra la revolución proletaria no parece haber sido un factor directamente determinante. En todos estos casos no fue el proletariado insurrecto sino los ejércitos extranjeros quienes derrocaron los regímenes existentes, a consecuencia de lo cual las viejas fuerzas democráticas internas salieron por fin victoriosas. De mayor importancia fue el arte, específicamente capitalista, de la guerra industrializada. La primera guerra mundial fue llevada a cabo tanto por los inmensos ejércitos reclutados como por las poblaciones civiles movilizadas en su totalidad para la producción militar. Para este esfuerzo incluso el Reich de Guillermo admitió a los socialdemócratas en la maquinaria gubernamental; sobre este fondo también se amplió el sufragio en Bélgica, Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos.

3. La unificación y la liberación nacionales han sido vistas en todas partes por la burguesía como necesidades estratégicas para el desarrollo y la protección del comercio y la industria y para el derrocamiento del poder dinástico feudal. Y con estos objetivos ha resultado a veces inapreciable para la burguesía lograr el apoyo popular. La ampliación del derecho al sufragio en Dinamarca, Alemania, Noruega, Finlandia e Italia (para la expedición imperialista a Libia) fue parte de un proceso

de unificación nacional.

4. El desarrollo febril de las fuerzas productivas es otra característica peculiar del modo de explotación capitalista. Una de las razones fundamentales por las que los liberales del siglo XIX y de principios del XX podían negar la compatibilidad de la democracia con la propiedad privada era su miedo a que las legislaturas populares y los cuerpos municipales incrementaran grandemente los impuestos. No obstante, estaban ignorando la elasticidad y la capacidad de expansión del capitalismo. Los niveles fiscales más altos no han puesto fin ni a la propiedad privada ni a la acumulación del capital. Los aumentos en la productividad hacen posible un incremento simultáneo tanto de las tasas de explotación como de los ingresos reales de las masas explotadas. Esto, por supuesto, no es en sí mismo algo que conduzca a la democracia. Pero resulta relevante en la medida en que suministra a la burguesía un terreno de una amplitud sin precedentes para maniobrar en sus relaciones con la mayoría explotada.

5. Hasta aquí hemos hablado deliberadamente en términos muy generales de movilizaciones populares y de incorporación de las clases obreras al proceso político. Pero tal movilización no tiene por qué ser democrática. De maneras muy distintas, la Alemania en guerra del Káiser, el fascismo y el "populismo" del Tercer Mundo testifican esto. Lo que hace posible la democracia capitalista es una característica única entre todos los modos de producción conocidos. El capitalismo es un modo impersonal de explotación que implica el dominio del capital antes que la dominación personal de la burguesía. Desde luego no funciona a modo de una máquina automática, sino en la forma de producción en busca de beneficios siempre crecientes, bajo condiciones de competencia en un mercado impersonal. El dominio del capital requiere un Estado, para su apoyo y protección tanto interior como exterior; pero mientras sostenga el reino separado de la "sociedad civil" capitalista, este Estado no tiene por qué ser dirigido personalmente por los burgueses. Y en la larga historia de la democratización, los políticos burgueses han aprendido los muchos mecanismos que tienen a su disposición para mantener al Estado en armonía con las necesidades del capital.

6. Esta característica del capitalismo que acabamos de mencionar puede explicar por qué el gobierno impersonal de una diminuta minoría es concebible bajo formas democráticas. Por qué, por ejemplo, el dominio del capital es compatible con el gobierno de un partido obrero, mientras que una aristocracia feudal no podría ser go-

#### CONTRIBUCION MODESTA

"Mi modesta contribución al mantenimiento de la paz ha sido el cumplimiento de mi deber de hombre de armas. Agradezco el apoyo de mis camaradas y de todo el pueblo de Chile."

Augusto Pinochet; *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de agosto de 1986.

bermada por un partido campesino. Pero una posibilidad teórica es una cosa y la dinámica histórica es algo bien diferente. Y hemos visto que la lucha de la clase obrera por el sufragio universal y por un gobierno libremente elegido jamás fue por sí misma suficiente para imponer la introducción de una democracia burguesa. Esto plantea la cuestión de si existen otras tendencias internas del capitalismo que, bajo ciertas condiciones, puedan generar fuerzas democratizadoras distintas de la lucha de la clase obrera. Una tendencia tal se puede identificar inmediatamente. Las relaciones de producción capitalista tienden a crear una *clase dominante internamente competitiva y pacíficamente desunida*. En su desarrollo, el capital se ve dividido en varias fracciones: mercantil, financiero, industrial, agrícola, pequeño y grande. Excepto en una situación de grave crisis o de aguda amenaza por parte de un enemigo (ya sea feudal, proletario o un Estado nacional rival), las relaciones de clase burguesas no contienen un elemento unificador comparable a la legitimidad dinástica de la realeza y a la jerarquía fija del feudalismo. Más aún, el desarrollo del capitalismo ha estimulado habitualmente la expansión de la pequeña producción mercantil, en vez de tender a destruirla. Así, la comercialización de la agricultura transformó a un campesinado autosuficiente en una pequeña burguesía agraria con intereses propios característicos.

En ausencia de un centro único, se requiere algún tipo de maquinaria política electiva, deliberadora y representativa. Por tanto, las repúblicas de propietarios o las monarquías parlamentarias se desarrollaron en una etapa temprana de la formación de los estados capitalistas, por ejemplo, las ciudades-república italianas, alemanas y suizas, las Provincias Unidas de los Países Bajos, Gran Bretaña, EE.UU. Francia y Bélgica (esta última a partir de 1830). En cuanto a la libertad de prensa, la base material de su aparición fue el lanzamiento de los periódicos como empresas capitalistas iguales a las otras. Esto seguía siendo una democracia tan sólo para la burguesía, y el fraccionamiento del capital sólo ha contribuido a la creación de una democracia que incluye al resto de la población en conjunción con las otras tendencias a las que nos hemos referido anteriormente. Así, el papel decisivo en una serie de casos de una derrota militar contingente muestra que el capitalismo no desarrolla necesariamente fuerzas suficientemente potentes como para extender la base de la democracia a las masas.

“Los extremos  
son la frontera  
tras la cual termina la vida  
y la pasión por el extremismo  
en el arte y en la política  
es una velada ansia de muerte.”

Milan Kundera

## Democracia y capitalismo dependiente

Este artículo se ha ocupado tan sólo del desarrollo de la democracia burguesa en los países capitalistas avanzados. Para llegar a una visión global de la relación entre la democracia y el dominio del capital sería necesario relacionar el boceto hasta aquí trazado con análisis de la historia de la democracia burguesa en los países capitalistas subdesarrollados, así como de las fuerzas antidemocráticas presentes en el capitalismo avanzado y subdesarrollado. No obstante, si asumimos que hemos identificado correctamente las tendencias prodemocráticas esenciales del capitalismo, podemos concluir sugiriendo tentativamente algunos factores que explican la rareza de la democracia burguesa en los países capitalistas del tercer mundo.

La introducción desde fuera del capitalismo ha tenido tres efectos cruciales sobre la burguesía de estos países. En primer lugar ha limitado notablemente la diferenciación interna de la clase capitalista, haciéndola en cambios grandemente dependiente de un centro exterior (el factor 6 citado anteriormente). En segundo lugar, el crecimiento desigual dependiente del exterior de la producción mercantil pequeña y generalizada ha hecho a la base económica extremadamente frágil y vulnerable a las crisis internacionales, dejando así a las burguesías indígenas poco espacio de maniobra frente a las clases explotadas (factor 4). El frecuente entrelazamiento del modo de explotación capitalista con el feudal, el esclavista u otros modos de explotación precapitalistas, así como la combinación del capitalismo de enclave con los cultivos de subsistencia, han impedido el desarrollo del dominio impersonal del capital (factor 5) y de un mercado libre de trabajo, limitando notablemente, por tanto, el crecimiento del movimiento obrero (factor 1) y el de una pequeña y mediana burguesía agrícola (factor 6).

Más aún, las luchas nacionales de los países del tercer mundo han sido libradas en una etapa de su desarrollo mucho más primitiva que en Europa. Por consiguiente, o bien ha habido poca necesidad de implicar a las masas populares en la lucha o no ha existido la misma compulsión a asumir sus demandas específicas para movilizarlas, o ambas cosas a la vez (factor 3). Tampoco, dado su estado de desarrollo y su localización geográfica, han tenido estas naciones que movilizarse para el holocausto de la guerra industrial (factor 2). Y aquellas que han tenido que llevar a cabo una guerra popular para obtener la libertad —lo que implica una movilización ideológica explícitamente de clase— no han combätido sobre una base capitalista, y subsiguientemente han adoptado una vía no capitalista de desarrollo social.

## Democratización y lucha de clases

En las últimas décadas, a pesar de una abrumadora evidencia *prima facie* de lo contrario —el fascismo europeo, las dictaduras militares del tercer mundo, etcétera—, las concepciones funcionalistas y, o evolucionistas acerca de una relación “normal” de correspondencia entre el dominio del capital y la democracia burguesa han impregnado con frecuencia los análisis tanto de los autores

marxistas como de los no marxistas. Nuestro examen histórico del horizonte político en el que se estableció la democracia en los principales y más avanzados países capitalistas ha revelado lo inadecuado de tales argumentos e hipótesis explicativas generales.

No obstante, la democracia burguesa no es un mero accidente de la historia, y el capitalismo contiene una serie de tendencias que conducen hacia procesos de democratización. Así, se ha observado, frecuente y correctamente, que la democracia burguesa supone una división competitiva en el seno de un marco básico de unidad, incluso si esta afirmación se interpreta de una manera ingenuamente idealista, por referencia a la ideología y las variedades de "cultura política". Pero la dinámica económica y política concreta del surgimiento del capitalismo sí supone la búsqueda y el desarrollo de una nueva unidad dividida. Esta aparece como la *nación-Estado*, liberada de las barreras y fronteras de la legitimidad dinástica, la dependencia feudal y la tradición provincial. El establecimiento de la soberanía y de la unidad nacional fue el resultado de las luchas en contra del absolutismo real, de las dinastías extranjeras y el separatismo provincial. Esto era lo que estaba en juego en las guerras holandesas contra España de los siglos XVI y XVII; en la revolución y la guerra civil inglesa del siglo XVII; en la declaración de independencia de los EE.UU.; en la revolución francesa de 1789; en la revolución de agosto de 1830 en Bélgica; en la unificación de Suiza, Italia, Alemania y de las colonias canadienses, australianas y neozelandesas; en la restauración Meiji en Japón; en el establecimiento del Estado Eider constitucional en Dinamarca; en la emancipación de Noruega y Finlandia, e incluso en las luchas constitucionales en el seno del imperio de los Habsburgo. Sólo en Suecia, con su ya tradicional unidad nacional y su peculiar mezcla de Estados y Parlamento desde el siglo XVIII, las luchas nacionales antidinásticas y antilocalistas no fueron una componente central del naciente proceso de democratización. Pero incluso en este caso el proceso muestra una dimensión crucial de conflicto entre elementos nacionales y no nacionales (dinásticos, extranjeros o provinciales): el absolutismo carolingio cayó bajo los golpes de la Gran Guerra del Norte, y la formación de una democracia alcanzó finalmente la madurez bajo el impacto de la situación revolucionaria exterior tras la primera guerra mundial. La antigua nación dinástica sueca adquirió su carácter nacional-democrático esencialmente a partir de estímulos externos.

La libertad de comercio e industria creó una red de relaciones competitivas divisorias que atravesaba la clase dominante de los estados unificadores y soberanos. El mercado reemplazó la pirámide jerárquica del feudalismo medieval y absolutista. Y fue en esta unidad-división del Estado nacional y del mercado donde se originó el proceso de democratización. Esto ocurrió fundamentalmente en una de dos maneras distintas. En algunos casos la democratización fue introducida en principio para las capas superiores de la burguesía (incluyendo a los terratenientes comercializados), que eran los únicos que tenían derecho a votar y formar gobiernos parlamentarios o republicanos. Subsiguieren-



temente otras secciones de la burguesía y de la pequeña burguesía fueron incluidas en esta estructura, como arreglo a ritmos y modalidades enormemente variables. No obstante, donde la revolución burguesa se quedó a mitad de camino la democratización comenzó como un compromiso constitucional entre la antigua clase dominante terrateniente—incluyendo su ápice, la dinastía—y la burguesía. Este sistema se transformó después en una democracia de propietarios, como en Escandinavia, los Países Bajos y Bélgica, o bien en una forma de gobierno aún en gran medida no democrática basada en un sufragio amplio, como en Austria, Alemania y Japón.

Estas son, por supuesto, las líneas principales seguidas por el proceso, y las desviaciones específicas, tales como el régimen jacobino de 1793, también han de ser tomadas en consideración. Pero si estas rutas expresan adecuadamente el modelo general, como opino que ocurre, podemos llegar a la conclusión de que la democracia burguesa, al igual que su predecesora ateniense, surgió en principio como una democracia para los miembros varones de la clase dominante. Solo después de largas luchas se ampliaron también estos derechos a las clases dominadas y explotadas. En ocasiones la clase dominante de estos primeros regímenes era extremadamente reducida: por ejemplo, las pocas docenas de *regimentsfähige Familien* (literalmente, "familias adecuadas para gobernar") de las ciudades-república suizas. En ocasiones era razonablemente amplia, como en EE.UU., pero en todo los casos quienes carecían de propiedades se veían excluidos: en EE.UU. y en las colonias canadienses de Australia y de Nueva Zelanda, al igual que en las monarquías parlamentarias de Europa. Tampoco cambiaron las cosas después de que los estados de Norteamérica lograran su independencia; de hecho, la propiedad como tal tenía un derecho de representación, por lo cual quienes poseían una propiedad en común recibían un voto plural a compartir.

Dejando aparte a Suiza, donde los artesanos y los campesinos varones armados conquistaron derechos democráticos en una serie de violentas luchas en las décadas de 1830, 1840 y 1850, ninguno de los dos procesos fundamentales en esta primera etapa llevó al establecimiento de la democracia para todos los hombres adultos, por no hablar de la totalidad de la población adulta. Con

esta excepción parcial, por tanto, el capitalismo competitivo no ha llevado en ninguna parte a la instauración de la democracia burguesa como resultado de sus propias tendencias positivas. No obstante, un análisis marxista del capitalismo debe abordar básicamente las contradicciones del sistema, y ha sido el desarrollo de la contradicción básica entre el capital y el trabajo lo que ha llevado a la democracia más allá de los límites deseados por la clase dominante y sus aliados. Así, la segunda etapa en la lucha por la democracia se vio conformada en gran medida por la emergencia de la clase y el movimiento obreros. Hemos visto ya cómo el modo de producción capitalista da a luz una clase explotada con una capacidad de oposición organizada muy superior a la de cualquier otra anterior. De hecho, el movimiento obrero luchó en casi todas partes no sólo por unos mayores salarios y mejores condiciones de trabajo, sino también por la democracia política, ya fuera como un fin en sí misma (los cartistas británicos o el movimiento sindicalista australiano y neozelandés) o como parte integrante de la lucha por el socialismo (los partidos de la II Internacional).

No obstante, el movimiento de la clase obrera no fue capaz en lugar alguno de lograr la democracia por sus propios medios y sin ayuda. Y esto dice mucho acerca de la fuerza del dominio burgués. Desde los cartistas en la década de 1840 hasta los socialdemócratas belgas inmediatamente antes y los trabajadores japoneses inmediatamente después de la primera guerra mundial, tales intentos siempre dieron como resultado la derrota. Sólo con la ayuda de aliados exteriores pudieron las masas no propietarias ganar sus derechos democráticos; y fueron sobre todo las minorías propietarias quienes finalmente respondieron a las cuestiones críticas del momento y la forma, de cuándo y cómo habría de ser introducida la democracia. Así, el proceso de democratización se desplegó en el marco del Estado capitalista, congelándose en la forma de democracia burguesa en lugar de abrir el camino a la revolución popular y a la transformación socialista.

Los más importantes aliados de la clase obrera en la lucha por la democracia fueron los siguientes: los ejércitos victoriosos de estados burgueses extranjeros, la mediana y pequeña burguesía autónoma y una sección de la propia clase dominante. El papel de estos aliados es consecuencia, por supuesto, de otras contradicciones del capitalismo: rivalidad imperialista, conflictos nacionales, la contradicción entre competencia y monopolización y los choques entre diferentes fracciones del capital. En el espacio abierto por estas contradicciones, el peso de la clase trabajadora podía aplicarse al proceso de

democratización, incluso en ausencia de un movimiento obrero significativo. Por ejemplo, el voto de la clase obrera podía ser utilizado por las organizaciones y políticos burgueses para sus propios fines, como resultó totalmente evidente en el caso de EE.UU. Allí, las "maquinarias" políticas encontraron un lugar incluso para los nuevos trabajadores inmigrantes (excluidos del derecho al voto por medio de pruebas de alfabetización, impuestos de voto y estatutos de registro) consiguiendo su apoyo para el sistema de clientelismo político, para una especie de capitalismo de Estado a nivel de las ciudades. Estas maquinarias eran utilizadas normalmente por fracciones de la burguesía distintas del gran capital establecido.

### Explicación de las dos paradojas

Estamos ahora en posición de enfrentarnos a las dos paradojas con las que empezamos. Para los marxistas, debemos recordar, el problema consistía en explicar cómo una diminuta minoría social ha llegado a gobernar bajo formas predominantemente democráticas; mientras que para el pensamiento liberal burgués parecía un misterio insoluble que los clásicos liberales estuvieran convencidos de la incompatibilidad entre el capitalismo y la democracia, mientras que la opinión burguesa contemporánea mantiene que sólo el capitalismo es compatible con la democracia.

La solución al problema marxista queda ya bastante clara. La democracia burguesa ha sido establecida siempre y en todas partes mediante la lucha contra (fracciones hegemónicas de) la burguesía, pero a través de medios y canales políticos proporcionados por el Estado capitalista. Más aún, cuando se ha visto amenazado o destruido el movimiento obrero ha renovado la lucha contra la fracción hegemónica de la clase dominante (como en el caso de Austria, Finlandia, Francia, Alemania e Italia). Así, aunque la democracia burguesa es igual a gobierno democrático más dominio del capital, su componente democrático ha sido logrado y defendido contra la burguesía.

La paradoja burguesa queda resuelta cuando captamos una característica del proceso a la que naturalmente el liberalismo clásico prestó escasa atención. La democracia no surgió de las tendencias positivas del capitalismo ni por un accidente histórico, sino de las *contradicciones* del capitalismo. La democracia burguesa ha sido viable tan sólo a causa de la elasticidad y la capacidad de expansión del capitalismo, que fueron grandemente subestimadas tanto por los liberales clásicos como por los marxistas...

### ESTILO DE COSAS

"Yo voy a ver a Augusto cuando quiero. Conversamos, jugamos al golf y otras cosas por el estilo."  
Declaraciones de prensa de José T. Merino; *El Mercurio*, Santiago de Chile, 30 de julio de 1986.